

ZAIRE, BAJO EL REGIMEN PRESIDENCIAL DE MOBUTU

(I)

NOVIEMBRE 1965 - NOVIEMBRE 1966

El 25 de noviembre de 1965 un golpe de Estado militar derribaba al presidente Kasavubu. A consecuencia del mismo se hacía cargo del poder el teniente general Joseph Desiree Mobutu, comandante en jefe del Ejército, quien designaba a su compañero de armas, el prestigioso coronel Leonard Mulamba, como jefe del Gobierno, cargo en el que reemplazaba a Evariste Kimba. El coronel Louis Bobozo era nombrado comandante en jefe del Ejército Nacional Congoleño (ENC), ocupando el puesto que dejaba vacante Mobutu al ascender a la suprema magistratura.

La nota sobresaliente del acontecimiento reseñado consistía en la facilidad con que los sublevados se apoderaron de todos los resortes del mando sin encontrar resistencia y sin producirse derramamiento de sangre. Resultaba un acto insólito en el turbulento Congo, donde, desde hacía más de cinco años, se habían presenciado terribles hecatombes en las que habían perecido millones de seres.

En una proclama dirigida al país, que constaba de trece puntos, Mobutu anunciaba que su decisión había sido adoptada el día anterior, durante una reunión de oficiales superiores, al demostrarse la total incapacidad del Gobierno. La política internacional del Congo, afirmaba, estaría inspirada en los intereses del continente africano, se respetarían todos los derechos y libertades garantizadas por la Constitución de 1 de agosto de 1964 y se liberaría a todos los presos políticos, con excepción de los componentes de las bandas rebeldes que hubiesen atentado contra la seguridad del Estado. Terminaba la proclama asegurando que el nuevo régimen no sería una dictadura militar y pedía el apoyo del pueblo para consolidarlo.

Estos eran los propósitos enunciados por el general Mobutu, supremo inspirador del golpe, pero tales intenciones eran, casi inmediatamente, corregidas en parte sustancial. Así, poco después de terminada la lectura del mensaje, Mobutu convocaba una conferencia de prensa en la que afirmaba que había solicitado del Parlamento que modificase la Constitución de forma que se aplazasen las elecciones previstas para febrero, y también comunicaba que tenía intención de ocupar la presidencia de la República durante los próximos cinco años.

Uno de los motivos fundamentales que habían incitado a Mobutu a alzarse en armas con el ENC fue la tentativa de Kimba de reconciliación con los rebeldes *simbas*. En la referida conferencia de prensa, Mobutu afirmaba, con énfasis, que «no se podía perdonar a los jefes rebeldes, que son unos conocidos asesinos». El ENC, que había perdido muchos de sus hombres en la lucha contra los rebeldes después de atroces suplicios aplicados por los *simbas*, se oponía resueltamente a los proyectos de Kimba, y esta indignación de los militares fue canalizada por Mobutu para asumir el mando del país.

Mobutu, actuando con extraordinaria astucia política, evitó definirse concretamente en los primeros momentos. Sus declaraciones y discursos daban la sensación de que el ENC solamente había actuado para llenar el vacío de poder que había creado Kimba con su estrépitoso fracaso. Para atraer a ciertos sectores de la población que contemplaban con recelo el cambio de Gobierno, no dudó en ensalzar públicamente la memoria de Patrice Lumumba, su desaparecido antagonista. Esta ambigüedad, fomentada a propósito por el general, dio lugar a que en el extranjero se considerase el golpe de Estado como un paréntesis que desembocaría en el retorno de Moise Tshombe. El propio Tshombe —en unas declaraciones publicadas en el diario de Hamburgo *Die Welt*— no escatimaba sus elogios a Mobutu. «El golpe de Estado del general Mobutu me ha salvado la vida», afirmaba el estadista katanguense. Asegurando que debía ser asesinado «días más tarde», Tshombe declaraba que Mobutu le había visitado poco antes de la sublevación y que había permanecido en constante contacto con el general. El ex primer ministro acusaba a «la pandilla del ex presidente Kasavubu» de haber reclutado un comando de la «organización juvenil comunista de Brazzaville» para asesinarle. «El general Mobutu debe asumir la ardua tarea de restablecer la confianza en el Congo, de pacificar el país y dar impulso a la economía», decía Tshombe, y agregaba que se entrevistaba con Mobutu casi

a diario. Explicando su no participación en el Gobierno, Tshombe afirmaba que le resultaba «desagradable» ser ministro de Mulamba después de haber sido su jefe durante largo tiempo. Tshombe terminaba asegurando su apoyo al nuevo Gobierno, aunque no estaba «muy satisfecho del nombramiento de ministros».

El 1 de diciembre, Mobutu aclaraba mucho sus proyectos al afirmar que asumía el poder de gobernar, de ahora en adelante, por medio de Decretos y leyes, con el fin de asegurar un rápido restablecimiento de la vida nacional. Agregaba que los servicios de Seguridad—dependientes hasta entonces del Ministerio del Interior—quedaban situados bajo su responsabilidad directa.

El tacto y la cautela fueron las características de la actuación de Mobutu en las primeras semanas de su mando. Consciente de que el ENC no tenía una sólida base de apoyo, contemporalizaba con todos los sectores. Así, el 3 de diciembre se entrevistaba Mobutu con Kasavubu, en presencia del coronel Mulamba. Kasavubu—que se encontraba en «residencia asignada» en un chalé de la base militar de Leopoldville—hacía constar públicamente su apoyo incondicional al nuevo Gobierno. Ese mismo día, Mobutu declaraba que la disciplina sería el principio rector de su política en todas las instituciones nacionales, «bien se trate de organismos políticos o administrativos. Esta forma de actuar me ha permitido hacer del ENC un instrumento eficaz al servicio del país».

Mobutu perfilaba sus planes durante un discurso pronunciado el 11 de diciembre ante 50.000 personas en el estadio deportivo de Leopoldville. Entre los nutridos aplausos de una multitud que gritaba «los políticos son malos jefes», Mobutu explicó detenidamente las razones del Alto Mando del Ejército para hacerse cargo del poder. «Había que salvar al país, amenazado a la vez desde el interior y el exterior.» Aseguraba que las estériles luchas políticas ponían en peligro todo el país, ya que el único interés de los políticos era «llenarse los bolsillos». «El país estaba amenazado desde el exterior—clamaba—, porque los políticos, para mantenerse en el poder, no vacilaron en acudir a las potencias extranjeras y, para satisfacer sus ambiciones, estaban dispuestos a sacrificar nuestra independencia, nuestro honor y nuestra libertad.» «No diré—continuaba—que todo va bien, porque, en realidad, todo va mal en el Congo. La corrupción se ha desarrollado en proporciones considerables, el ejercicio de la justicia es deplorable, la situación financiera, social y económica es catastrófica. Ya no se trabaja en el Congo ni se produce», y comparaba las exportaciones de 1960 con las de

1965. «Puede decirse, en suma, que en el Congo la producción es hoy un 80 por 100 de lo que era antes de la independencia, mientras que los gastos se han multiplicado por seis.» Terminaba con estas frases significativas: «por todo ello he decidido asumir el poder durante cinco años. Los políticos han necesitado cinco años para llevar el país a la ruina. Yo me he propuesto su resurgimiento en otros cinco años. Por lo pronto se ha puesto fin a la estúpida lucha política. Durante cinco años no habrá política en el Congo. Los ministros de mi Gobierno representarán a las provincias de que son mandatarios y no a los partidos políticos. Si no siguen nuestras directrices, tomaremos las medidas oportunas».

Mobutu había rectificado puntos esenciales de la declaración que había leído ante los micrófonos de la radio quince días antes. Ahora se consideraba suficientemente consolidado y desvanecía sus pasadas ambigüedades. Por lo pronto quedaba claro que todos los «políticos» no tenían futuro en su régimen. Ni Tshombe ni Kasavubu podían albergar el menor resquicio de esperanza de un retorno. Las libertades políticas que figuraban en la Constitución quedaban anuladas, y si anteriormente había asegurado que no implantaría una dictadura, ¿qué otra cosa significaba permanecer en el poder cinco años por su propia decisión, gobernando directamente, sin intermedio del Parlamento y con ministros a los que exigía —con estricto sentido de la disciplina— que ejecutasen fielmente sus órdenes?

Nadie podía llamarse a engaño en lo sucesivo. En quince días, Mobutu había asentado su poder personal sobre bases firmes y había definido, con diáfana claridad, los principios en que iba a inspirar su obra de gobierno. Urgía, pues, suprimir obstáculos, y su primer objetivo fue el Parlamento. El 15 de enero de 1966, tropas del ENC acordonaban el edificio y efectuaban una incursión en la oficina de pagos apoderándose de las nóminas de los diputados. El Gabinete no fue informado previamente de esta acción, que, según comunicaba oficialmente, tenía por causa los elevados adelantos cobrados por algunos parlamentarios, pese a la orden de rebaja de los salarios gubernamentales.

El problema decisivo consistía en yugular la rebeldía. Mientras ésta persistiera, cabía la posibilidad de complicaciones que hiciesen tambalear el régimen. Por ello dio órdenes concretas al ENC de terminar con los focos rebeldes que aún subsistían en el país. Concedía prioridad absoluta a la tarea de extinguir la insurrección mulelista. Durante el mes de enero se ocuparon

puntos clave en el foco de Kwilu y se sentaron las bases para la derrota del enemigo.

Otra tarea de importancia fundamental consistía en combatir el paro obrero, que alcanzaba proporciones aterradoras. Mobutu, para solucionarlo, concibió la idea de favorecer el retorno al campo de las muchedumbres que se habían instalado en las grandes ciudades sin tener ninguna ocupación, mientras que la agricultura quedaba abandonada. En tal sentido, cursó instrucciones a los gobernadores de las distintas provincias, a los que reunió en Leopoldville, para que predicaran con el ejemplo en la campaña de retorno a los campos para lo que debían poner, personalmente, en producción un terreno de, por lo menos, una hectárea de superficie. Así esperaba ver disminuir a las muchedumbres que recorrían las ciudades en busca de empleo y que constituían una masa potencialmente explosiva. Las órdenes eran terminantes: «cualquier habitante de Leopoldville que no tenga trabajo en la ciudad será invitado, a partir de finales de enero, a evacuar su residencia y a regresar al campo, bajo pena de expulsión *manu militari*, en caso de negativa voluntaria o de la no justificación de un empleo».

Resultaba una determinación necesaria porque, en los cinco años anteriores, la población de la capital se había visto incrementada por decenas de millares de campesinos que habían abandonado las zonas rurales debido a la inseguridad que reinaba en ellas. Leopoldville había llegado a un millón de habitantes, casi el doble de antes de la independencia. Los refugiados vivían amontonados en barracas, en la más completa miseria, en la periferia de la capital, y su descontento creaba dificultades al régimen. Mientras tanto, el agro no se cultivaba. Por ello, Mobutu había declarado que para «hacer frente a la degradación de la producción agrícola» era necesario mantener a la población rural en el campo e «incitarla a dedicarse mejor al cuidado de sus tierras para valorizarlas».

La comprobación de las intenciones de Mobutu de ejercer el poder personalmente durante un largo plazo de tiempo había suscitado la decepción de los políticos que aspiraban a recuperar el mando. Entre ellos se contaba Tshombe y sus adictos, que pasaban a la oposición. Al no tener ocasión de ejercitarla por la vía parlamentaria, a mediados de enero se producían choques entre unidades del ENC y destacamentos de la Gendarmería katangués que apoyaban a Tshombe. Centenares de katangués cruzaban la frontera de Uganda y se instalaban en el vecino país.

Por el contrario, la rebelión *simba* manifestaba un visible declive. Un comunicado del ENC informaba que en Kigoma (Tanzania) uno de los líderes de la insurrección, Gaston Sumialot, había sido herido por sus partidarios *simbas* y se encontraba hospitalizado con fractura de cráneo. El atentado se produjo cuando Sumialot había convocado a los jefes a sus órdenes para anunciarles que «la guerra había terminado y que todos podían regresar a sus casas». Los rebeldes exigieron los sueldos atrasados, y ante la negativa de Sumialot a pagarles, le habían golpeado. No podía ser de otra forma, porque sabían el inmenso tesoro que habían acumulado los jefes rebeldes que se habían apoderado de la producción de oro de las minas de Moto, al NE de Watsa—sede del Gobierno insurrecto—, repartiéndose más de dos toneladas del preciado metal, que, Sumialot en primera fila, había sacado del país con el pretexto de destinarlo a la compra de armas.

Realmente, el Congo presentaba un lamentable panorama en todos los órdenes. El 3 de febrero, el secretario de Estado de Justicia en el Gobierno Mulamba, Joseph Nsinga, al terminar una visita de inspección a los centros penitenciarios del país, informaba que en la prisión de Makala (Leopoldville) existían hombres que se encontraban en prisión preventiva desde 1960 sin que hubieran sido interrogados nunca por un juez. Según indicaciones facilitadas a Nsinga durante su visita, 1.775 detenidos, entre ellos dos belgas, permanecían en la cárcel, y de ellos sólo 773 habían sido sometidos a juicio, dándose el caso de que muchos habían cumplido ya las penas impuestas y permanecían encarcelados. Los 984 restantes se hallaban en prisión preventiva durante muchos años y la situación de algunos parecía «administrativamente desesperada», a causa de haberse perdido toda la documentación.

A principios de marzo, el ENC registraba éxitos decisivos en su lucha contra la rebelión *simba*. Aunque las tropas entraban en Ponthierville, varias bolsas rebeldes continuaban rodeando a Stanleyville. Subsistía, al SO de la citada ciudad, una vasta región insurgente, cuyo centro estaba en Opala. Contrariamente a lo que se había observado durante el avance del ENC sobre Ponthierville, los rebeldes disponían todavía de numeroso y moderno armamento, como los demostraron en varios contraataques. El foco rebelde más difícilmente accesible era la región de Bawasende, al este de Stanleyville, donde los *simbas* disponían de magníficas fortificaciones. Esta población había sido ocupada el año anterior por el ENC, pero tuvo que ser evacuada casi inmediatamente. En la región de Paulis, al NE de Stanleyville, subsis-

tían zonas ocupadas por los rebeldes. Pero el ENC y los voluntarios extranjeros, bajo el mando del comandante francés Bob Denard, habían logrado un señalado éxito a finales de 1965 al despejar la vía férrea Aketi-Buta-Paulis, que tiene 600 kilómetros de recorrido. La población más importante bajo control rebelde era Bondo, a 100 kilómetros al norte del citado eje ferroviario, y por eso los principales ataques de las tropas gubernamentales se concentraban allí. En el este del Congo se hallaba otra zona importante de rebelión, en donde, desde septiembre de 1965, los gubernamentales y 400 extranjeros se enfrentaban con una feroz resistencia rebelde. Más de 60 voluntarios extranjeros habían muerto ya en los combates, y los insurgentes disponían de abundante armamento chino y checoslovaco que procedía de Tanzania, de donde había llegado atravesando el lago Tanganyika.

Mientras se combatía, el antiguo dirigente del Gobierno rebelde de Stanleyville, Antoine Gizenga, había sido puesto en libertad por orden de Mobutu y se había trasladado a Moscú. El 10 de marzo, Gizenga dirigió un telegrama al Senado congoleño anunciando que se encontraba reposando en la capital soviética y que regresaría al Congo para «defender los intereses del pueblo».

El 30 de mayo se comunicaba oficialmente en Kinshasa —nombre que se había aplicado a Leopoldville en la campaña de Mobutu por africanizar la nomenclatura de los principales núcleos urbanos— que había sido descubierto un importante complot—el que se denominaría «complot de Pentecostés»—en el que estaban complicados cuatro ex-ministros congoleños: Evariste Kimba (el jefe del Gobierno anterior al golpe de Mobutu), Jérôme Anany, Emmanuel Bamba y Alexandre Mahamba. Mobutu había interrogado personalmente a los conjurados en el campamento militar «Coronel Kokolo», al aire libre y mientras que los detenidos tenían las manos atadas a la espalda. Se informaba que los conjurados tenían el propósito de haber triunfado el complot, de haber dado muerte a Mobutu y varios de sus ministros arrojando después sus cadáveres al río Congo. Eran juzgados rápidamente por un Tribunal militar y al día siguiente se comunicaba que los cuatro habían sido condenados a muerte. El juicio había durado noventa minutos y los tres jueces sólo necesitaron seis minutos para dictar sentencia de horca. El legado apostólico de Kinshasa se entrevistó con el general Mobutu para solicitar la conmutación de la sentencia. No obstante, Mobutu no concedió el indulto, puesto que, como afirmaba en unas declaraciones

a *Le Progrés*, «no he recibido lecciones de humanidad». En consecuencia, el 2 de junio se procedía a la ejecución pública de los cuatro condenados a muerte, acto que tuvo lugar en la plaza principal del barrio africano de Leopoldville, en presencia de una multitud calculada en 80.000 personas, ya que se había declarado fiesta pública para que los funcionarios y empleados pudiesen asistir a las ejecuciones. Evariste Kimba fue el primero en ser ahorcado en el cadalso de madera instalado en el centro de la plaza. Tenía entonces cuarenta años. Con las manos atadas fue conducido a la plataforma de madera donde se levantaba el cadalso y entregado al ejecutor público. El verdugo, después de colocar una caperuza negra al reo, lo llevó hasta el lugar donde se encontraba marcado un círculo rojo y a una señal del ejecutor se abrió la trampa bajo los pies del condenado, cuyo cuerpo permaneció colgado veinte minutos. Acabado este período de tiempo, dos ayudantes descolgaron el cuerpo, mientras que un tercero desataba el nudo corredizo. Sucesivamente sufrieron igual suerte Alexandre Mahamba (cuarenta y seis años, ministro en varios Gabinetes), Emmanuel Bamba (ministro de Finanzas en el Gabinete de Adula) y Jerome Anany (cuarenta y siete años, ministro de Defensa en el Gabinete de Adula). Al acto asistió el presidente del Tribunal que sentenció a los acusados, coronel Pierre Ing'la. Mientras duraban las ejecuciones todos los funcionarios de las Embajadas occidentales habían recibido órdenes del Gobierno Mobutu de permanecer en sus domicilios.

El general Mobutu se había desembarazado así de cuatro prestigiosos enemigos políticos. Neutralizado Kasavubu y ejecutados los cuatro mencionados políticos, era el momento de deshacerse de Tshombe, que se agitaba en el exilio y que aún conservaba prestigio en ciertos sectores del Congo. Quedaban atrás aquellos momentos de noviembre de 1965 en que Mobutu, triunfante del golpe de Estado, recibía la felicitación de los diputados y dirigentes del partido Conakat (el de Tshombe) «por su acto de patriotismo al eliminar a los enemigos de la democracia y del pueblo congoleño». Se había olvidado la colaboración—durante los trágicos meses del verano y noviembre de 1964, período álgido de la rebelión *simba*—entre el jefe del Gobierno, Tshombe, y el jefe del Ejército, general Mobutu. Ambos habían colaborado estrechamente para salvar al país del terrorismo, y entre ellos parecía existir un acuerdo tácito, como revelaban las declaraciones de Tshombe a *Die Welt*, que hemos citado. En el primer Gabinete de Mobutu figuraban siete ministros del partido de Tshombe. Ahora, al paso de los

meses, era fácil comprobar que el general había actuado cautelosamente. Sabiendo que el ENC no disfrutaba de la suficiente popularidad, había sorteado las dificultades de los primeros momentos haciendo concebir esperanzas a los sectores más diversos para que le respaldaran mientras consolidaba su Gobierno militar. Entre los grupos cuya ayuda consideraba esencial durante los primeros meses estaba el de Tshombe. Al reafirmarse en el poder necesitaba eliminar dicha influencia para encontrarse con las manos libres. Así, en mayo de 1966, decidía expulsar a Tshombe del Parlamento. Con tales fines, Mobutu enviaba una carta a la Cámara de Diputados en la que decía: «De las informaciones publicadas por la prensa extranjera, confirmadas por mis servicios de información propios, resulta que el diputado Tshombe ejerce actividades de carácter político en territorio de un país extranjero. En una entrevista concedida a una agencia de información en París, Tshombe censura violentamente la política de mi Gobierno, especialmente en lo que se refiere al contencioso belgocongoles. Estimo que es inadmisibles que un diputado nacional se permita hacer tales declaraciones en el territorio de un país extranjero.» Tshombe era expulsado siguiendo las órdenes de Mobutu. El Parlamento no tenía otra opción, puesto que el general se había atribuido todas las funciones legislativas y había dejado bien claro que no le concedía beligerancia cuando, el 28 de marzo, una Comisión senatorial intentó visitarle en el palacio presidencial para formularle preguntas, con el fin de saber si el Senado era aún un poder deliberativo o si la Alta Asamblea se había convertido en un órgano consultivo. Mobutu se negó a recibir a la citada Comisión, y con esta determinación hacía saber que el Senado y la Cámara de Diputados carecían de otra misión que no fuera la de acatar sus propias decisiones.

Pero Tshombe no se resignaba y, a principios de agosto, efectuaba unas declaraciones al diario italiano *Il Tempo*, diciendo que el reclutamiento de mercenarios en el Congo se había intensificado desde que Mobutu estaba en el poder, para terminar asegurando que continuaba disponiendo de la mayoría en el Parlamento y que el pueblo congoleño «le reclamaba». El general replicaba a estas afirmaciones durante una entrevista concedida al corresponsal de la agencia francesa AFP. En ella decía que «cuando Tshombe dice que su pueblo le reclama, no puede hablar más que del pueblo belga. El pueblo congoleño no considera a Tshombe como un congoleño, sino como lo que es en realidad: un individuo que ha vendido al Congo a las finanzas internacionales, incluso a Katanga. Los congoleños compren-

den ahora que no es más que un hombre de paja movido en el extranjero por los extranjeros».

A pesar de las afirmaciones de Mobutu, Tshombe contaba aún con muchos adictos, puesto que, días antes de las declaraciones del general —concretamente el 23 de julio—, se había amotinado en Kisangani (antigua Stanleyville) el regimiento de gendarmes katanguenos que mandaba el coronel Tshimpola. Este acontecimiento suscitaba la mayor preocupación del Gobierno, que trató de hallar una solución proponiendo conversaciones con los amotinados. Una delegación de los rebeldes llegaba el 1 de septiembre a Kinshasa para parlamentar con el jefe del Gobierno, Mulamba, pero no se llegaba a un acuerdo. El ENC instalaba un dispositivo de cerco alrededor de Kisangani. El II batallón de paracomandos, estacionado en Thysville (alrededores de Kinshasa), era trasladado por vía férrea y carretera para unirse al XIII batallón de Infantería, que se encontraba en los alrededores de Kisangani y que había permanecido fiel a Mobutu cuando se produjo la sublevación. Preparadas las fuerzas, el ENC desataba las hostilidades y el 23 de septiembre se combatía con dureza en Kisangani, donde —según se informaba oficialmente en Kinshasa— «desde hace diez días, militares katanguenos escapados al control de sus propios oficiales, no quieren obedecer las órdenes del Gobierno, que les manda regresar a sus posiciones». Se lanzaban paracaidistas (voluntarios extranjeros) sobre la ciudad de Yangambi, situada a algunas docenas de kilómetros al NO de Kisangani. De tal forma, la orilla izquierda del río Congo estaba sólidamente en manos de las tropas del ENC, mientras que en la ribera derecha se reagrupaban los katanguenos. Dos días después, el 25 de septiembre, los tres mil rebeldes katanguenos se encontraban cercados en Kisangani. Las fuerzas gubernamentales, mandadas por Bobozo y apoyadas por mercenarios extranjeros, conseguían ocupar puntos estratégicos del aeropuerto de Kisangani, primero de los objetivos que había señalado Mobutu. Los rebeldes se encontraban desmoralizados y un batallón de gendarmes se había pasado a las filas gubernamentales. Aprovechando esta circunstancia, fuerzas del ENC atravesaban el río Congo, al sur de la capital, obligando a los rebeldes a luchar en un nuevo frente. Todas las fuerzas del ENC destacadas en la provincia oriental recibían órdenes de acudir en auxilio de los cuatro batallones que sitiaban Kisangani.

La ofensiva culminaba el día 27 con la entrada en Kisangani de Bobozo al mando de sus tropas, después de haber derrotado a los 2.800 gen-

darmes katanguenses que apoyaban a Tshombe. Estos hombres habían sido muertos, prisioneros o se habían ocultado en la selva, perseguidos por los soldados gubernamentales. Los fugitivos, cuyos efectivos correspondían a los restos de tres batallones, hubieron de rendirse el 4 de octubre, cuando sus adversarios cortaron su camino, destruyendo un puente sobre el río Ulindi, a 400 kilómetros al sur de Kisangani. Se rindieron acogiéndose a las promesas formuladas por Mobutu en un mensaje radiado el día anterior, y en el que había dicho: «Soldados: La sangre congoleña se ha derramado demasiado. En mi condición de jefe supremo del Ejército congoleño, os dirijo una solemne y última llamada para que cesen los combates que tienen lugar actualmente en la orilla derecha del río Lualaba. Ordeno a las tropas fieles que cesen el fuego inmediatamente, y a nuestros hermanos, engañados momentáneamente por las criminales maniobras de los enemigos de la nación, que se rindan. No os engañéis con las palabras de extranjeros sin escrúpulos. La división es su táctica; la unión será nuestra fuerza.» El 15 de octubre era capturado el coronel Tshimpola.

Mobutu dictaminó que la rebelión de los gendarmes había sido planeada por Tshombe, y, en consecuencia, el 19 de septiembre, un portavoz presidencial declaraba que el ex primer ministro sería juzgado por traición. Simultáneamente se descubría, en la región de Ardeche (Francia), un campamento en el que eran detenidas 33 personas, acusadas de ser mercenarios a sueldo de Tshombe, que se entrenaban para efectuar un ataque sorpresa contra la provincia de Katanga. Tshombe se defendía de la acusación declarando, en Madrid, que, «para mí, se trata de un golpe montado. Jamás hubiera tenido la idea de organizar en un país amigo una operación como la de Aubenas. Todo esto se ha hecho con la intención evidente de desacreditarme». Tshombe desmintió seguidamente la versión de que estuviese ligado a la rebelión de los gendarmes. «Siempre se me acusa cuando algo marcha mal en el Congo.» A pesar de todo, el 27 de septiembre—en el momento en que el ENC entraba en Kisangani—, Moise Tshombe era privado de su pasaporte por decisión del Gobierno. Al día siguiente se presentaba contra Tshombe una acusación de alta traición ante el Tribunal Militar de Kinshasa. La acusación estaba firmada por Mobutu, Mulamba y el ministro de Justicia, Nsinga.

Poco a poco, Mobutu se iba desembarazando de quienes pudieran ser sus rivales. Ahora le tocaba el turno al general Mulamba—compañero de armas que poseía notable prestigio—, que era destituido, el 26 de octubre,

de su cargo de jefe de Gobierno. Desaparecido de la escena el general Lundula—el primer congoleño que ascendió al generalato, con Mobutu, al producirse la independencia—, sólo Mulamba disfrutaba de un prestigio que podía ser peligroso en el futuro. Para su destitución, se acudió al expediente de acusarle de haber urdido la insurrección de los gendarmes katangueños. Se estimuló al teniente coronel Malila, jefe del Estado Mayor del ENC, a que declarase públicamente: «Afirmo que los acontecimientos de Kisangani han sido provocados por las maniobras dirigidas por Mulamba», y, acto seguido, Mobutu destituía a su colega. Pocos días antes, Mobutu había reorganizado, el 14 de septiembre, su Gabinete, prescindiendo de aquellos ministros cuya absoluta lealtad resultaba dudosa. El Gobierno había quedado establecido de la siguiente forma: Economía Nacional, Michel Kabamba; Justicia, Joseph Nsinga; Asuntos Sociales, Oscar Mulelemu; Comercio Exterior, Gregoire Kashale; Industria y Desarrollo, Edouard Mayala; Clases Medias, Philemon Madudu; Asuntos Presupuestarios, Jean-Marie Kititwa; Turismo y Asuntos Culturales, Sia Amundala; ministro residente en Bélgica, Mungul Diaka. En este Gabinete ya no figuraba ninguno de los «históricos», es decir, ninguno de los políticos que habían participado en los primeros gabinetes del Congo independiente o que habían dirigido los partidos políticos que habían fraguado la Independencia. Se trataba de reducir al ostracismo a todos los «históricos», y para ello faltaba eliminar de los puestos directivos a uno muy destacado, Godefroid Munongo, ex ministro de Tshombe en Katanga. Por ello, el mismo día 14 de septiembre eran destituidos los gobernadores de Katanga y Kivu, lo que hacía saber un comunicado difundido por Kinshasa diciendo que «Godefroid Munongo y Emmanuel Boji, gobernadores de las provincias de Katanga del Sur y Kivu del Sur, respectivamente, que habían sido convocados la semana anterior en Kinshasa, han recibido la orden de no abandonar sus domicilios en la capital congoleña hasta que concluya una encuesta oficial concerniente a la situación en las dos provincias.»

Los puestos de gobernadores eran muy codiciados, por los saneados ingresos que implicaban y por la importancia política que revestían, después de que Mobutu, el 6 de abril, hubiese reorganizado la Administración provincial, reduciendo a 12 las antiguas 21 provincias. Cada una de ellas tenía al frente a un gobernador, asistido por uno o dos vicegobernadores, según la importancia de la misma. Cada gobernador recibía una paga anual de 1.400.000 francos congoleños, a la que se añadía un franco por cada

habitante que excediese de los 700.000. El salario de los vicegobernadores era el mismo, pero con la diferencia de que recibían 50 céntimos por el plus de habitante. Un cargo que implicaba amplios poderes y un salario tan elevado era objeto de las mayores ambiciones, y Mobutu los reservaba para aquellos que se hubiesen distinguido en su lealtad hacia su persona. Así, Munongo era reemplazado por el general Leopold Masiala, el 4 de noviembre, en Katanga del Sur. El vicegobernador de la misma provincia también era destituido. Otros dos gobernadores—Henri Ndala (Katanga del Norte) e Ignace Almzani (Alto Congo)—perdían también sus cargos y eran sustituidos por dos militares: los tenientes coroneles Alexandre Kantu y Pierre Efomi, respectivamente.

Como la destitución de Mulamba había tenido amplias repercusiones en el extranjero, el Gobierno de Kinshasa difundía un comunicado diciendo, el 27 de octubre: «Desde hace algún tiempo la prensa viene publicando comentarios sobre los cambios ocurridos en la dirección de la República del Congo. Se informa a la opinión pública mundial que el pueblo congoleño ha acogido con el más completo beneplácito la nueva estructura que instaura un régimen presidencial. El nuevo sistema aporta mucha más estabilidad al poder; está generalmente admitido en los países jóvenes. La decisión presidencial tiende a armonizar los esfuerzos de reeducación de la política nacional. Después de esta decisión, el general Mulamba ha sido recibido ayer, durante la mañana, por el presidente Mobutu. El general Mulamba ha rehusado el puesto de ministro de la Defensa Nacional que el presidente de la República le confiaba. No obstante, después de esta entrevista, el general Mulamba ha insistido en que le fuera concedida una nueva audiencia por el presidente congoleño. La audiencia fue acordada, y en el transcurso de la misma el general Mulamba ha remitido al presidente de la República una nueva carta, en la que le comunicaba que aceptaba el puesto de ministro de la Defensa Nacional y solicitaba que fuese anulada su anterior decisión. El presidente de la República ha tomado nota de esta nueva decisión del general Mulamba, pero todavía no ha dado ninguna contestación. El Gobierno de la República Democrática del Congo precisa que, instaurándose el régimen presidencial, la preocupación del presidente de la República ha sido evitar a su país y a su pueblo situaciones como las que planteó el ex presidente Kasavubu a su primer ministro Mulamba en 1960, a su primer ministro Adula en 1964 y, en fin, a su primer ministro Tshombe en 1965, que dieron suelta al bicefalismo del poder

ejecutivo. El objetivo perseguido por esta decisión es canalizar el programa del nuevo régimen alrededor de un programa y de un solo jefe para facilitar su ejecución.»

Un solo jefe; esto es lo que deseaba Mobutu para el Congo, a condición, naturalmente, de que ese jefe fuera él. El 25 de marzo había declarado que en el futuro el jefe del Estado debía ser elegido en el Congo por sufragio universal. Había hecho llegar esta propuesta en un memorándum que había dirigido al Parlamento, al que confirmaba, con este acto, que continuaba en sesión, aunque le hubiera retirado el ejercicio del poder legislativo. El general explicaba su decisión por la necesidad de evitar cualquier corrupción del cuerpo electoral, ya que —según decía— «con el antiguo sistema sería suficiente disponer de 1.000 millones a repartir para convertirse, de la noche a la mañana, en presidente de la República». Bajo este argumento puede fácilmente deducirse que, como en el anterior sistema la elección presidencial recaía en los parlamentarios nacionales y provinciales, representantes de los partidos políticos, Mobutu, que no contaba con partido propio ni con el apoyo de los existentes, no hubiera sido nunca presidente de la República. Si deseaba legalizar en el futuro su situación mediante el sufragio, necesitaba acudir al sufragio universal, donde podría imponerse el prestigio de su nombre. Posibilidad que se acentuaría si, en el momento de plantear esa consulta, todas las figuras que poseyesen cierta popularidad hubiesen fallecido o se hallasen en la cárcel o en el exilio.

Por lo pronto, el 2 de noviembre, Mobutu firmaba un Decreto-ley mediante el cual se otorgaba a sí mismo plenos poderes para decidir libremente sobre la autoridad de los 12 gobernadores provinciales y sobre las 12 asambleas locales. En virtud de esos poderes podía anular de inmediato, y sin previa consulta, aquellas decisiones adoptadas por los gobernadores o las asambleas que considerase perjudiciales para el interés público. En el comunicado oficial donde se daba cuenta del Decreto-ley se especificaba que el primer mandatario se arrogaba esos poderes con el objeto de «poner fin a actos arbitrarios que se han venido produciendo, y que continúan cometándose, en provincias».

La realidad es que el régimen no estaba tan consolidado como había supuesto Mobutu. Pasados los primeros meses de estupor, los múltiples enemigos del general comenzaban a dar señales de actividad. Esto se comprobaba en actos de sabotaje y preparación de rebeldías en los más diversos sec-

tóres. El 15 de noviembre —a punto de cumplirse un año de la subida al poder de Mubutu— se producía un incendio en la emisora de radio de Kinshasa, que las fuentes oficiales atribuían a un atentado de los enemigos del régimen, «los buitres de las altas finanzas», según se decía textualmente. Con este acto —agregaba el comunicado— «se pretende hacer callar la voz del nuevo régimen». El 20 de noviembre eran detenidos nueve militantes de la CGTC (Confederación del Trabajo), entre ellos Jean Malhonga, primer secretario general, y dos secretarios confederales, Botuli y Sassa. Los locales sindicales eran registrados minuciosamente por la policía.

Mobutu estaba dispuesto a actuar con el máximo rigor. Por todo el país y por el extranjero se difundían inquietantes versiones sobre la suerte que habían corrido los 2.800 gendarmes katangueses que se habían rendido después de la insurrección de Kisangani. Mobutu apartaba sistemáticamente del Congo a todos los corresponsales de prensa que hubieran podido informar sobre este aspecto. No obstante, se sabía que la mayoría de ellos, posiblemente la totalidad, habían sido asesinados en espantosas condiciones, a pesar de las garantías que el Gobierno había dado sobre el respeto a sus vidas. Se filtraban relatos en los que se aseguraba que varios centenares, más de un millar, habían sido fusilados en el campo de paracaidistas de Kinshasa, después de haber sido obligados a cavar sus propias tumbas. Otros muchos habían sido rociados con gasolina y quemados vivos. Volvían a repetirse los dantescos espectáculos que había contemplado el Congo desde 1960. El 28 de noviembre circulaba el rumor de que los coroneles Tshimpola y Katanque también habían sido quemados vivos, junto a otros cinco compañeros de armas. Comentando estas noticias, el diario católico-progresista belga *La Libre Belgique* decía: «Sería suficiente que el general Mobutu organizase una conferencia de prensa y presentase en ella a Tshimpola y a sus compañeros», para que se desvirtuasen los rumores. Terminaba con estas palabras: «Es necesario creer que no solamente es el *champagne* el que corre en estos días de festejos en la República del Congo. El *champagne*, para los favoritos del régimen...; la sangre, para los otros.»

Para desmentir esta versión, el alto comisario para la Información, Kande, reunía a los periodistas y les presentaba 24 detenidos —Tshimpola y 23 compañeros—, que serían juzgados en Kisangani ante un Tribunal militar excepcional. Estos 24 no habían sido quemados vivos, pero lo cierto es que de los 2.800 restantes nadie pudo jamás saber la suerte que corrieron.

JULIO COLA ALBERICH

Al cumplirse el primer aniversario de su ascenso a la suprema Magistratura, Mobutu podía sentirse plenamente satisfecho: había liquidado la rebelión *simba* y la sublevación katanguesa. Sus principales rivales habían desaparecido de la escena política o del mundo de los vivos (Kasavubu, Kimba, Mulamba, Tshombe, etc.), y ante el dinámico general se abría un horizonte ilimitado de promesas.

JULIO COLA ALBERICH